

Compañeros hacia el destino

Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón en el Equipo de los profesores y educadores de Comunión y Liberación

por videoconferencia, 4 de septiembre de 2021

El Equipo de los profesores y educadores de Comunión y Liberación (CLE) es una ocasión de amistad, de diálogo y de encuentro. Es lo que muestra la experiencia de muchos adultos que, comprometidos de diversas maneras en el mundo de la educación de los más jóvenes, han participado en ellos a lo largo de estos años.

La cita de este año –en vísperas del comienzo del curso escolar– era esperada de modo especial, no solo por la alegría de volverse a ver de modo presencial en un clima más distendido, sino también por la conciencia de estar atravesando un momento dramático, de estar inmersos en un tiempo que desafía a nuestro yo.

El pasado curso escolar, que vivimos entre la espera de una vuelta a la normalidad y cuarentenas más o menos complicadas, estuvo caracterizado por formas y ocasiones de encuentro inéditas –a través de plataformas web– en el ámbito de la vida de los Bachilleres: testimonios, asambleas, grupos de estudio, en los que entró en acción de forma creativa el protagonismo de los chavales.

Las vacaciones de verano, surgidas de un deseo irrefrenable de vida y de amistad, han sido queridas por los propios chavales, que con frecuencia han involucrado a los adultos antes de que estos tomaran la iniciativa, y se han revelado como lugar de encuentros y de hechos inesperados.

«Hay una grieta en cada cosa, así es como entra la luz», dice Anthem, la canción de Leonard Cohen, expresando muy bien el camino de este periodo. Dentro de las numerosas grietas de una realidad que ha mostrado su aspecto menos tranquilo y alentador –el confinamiento, las clases a distancia, la sensación de miedo e incertidumbre–, se han introducido posibilidades de luz imprevisibles: encuentros, amistades, renacimientos. Nadie habría podido imaginar tanta riqueza dentro de un contexto aparentemente tan desfavorable. ¡Y sin embargo ha sucedido!

Pero como se nos recuerda a menudo, no basta que la realidad suceda delante de nuestros ojos (incluso la más increíble), porque hace falta una mirada que pueda interceptar lo que vibra dentro de las cosas que suceden, yendo al fondo de su raíz; solo así podremos hacer que sean realmente nuestras y así no volveremos a perderlas.

El asombro y la gratitud por estos hechos han reabierto preguntas sobre nosotros mismos y sobre nuestra humanidad, sobre la gracia del carisma que hemos encontrado y sobre nuestra responsabilidad personal frente al mundo. Del deseo de afrontar estas preguntas y de juzgar el camino de estos meses ha nacido la idea de un diálogo con Julián Carrón, que ha constituido el corazón de los días del Equipo y que aquí os proponemos.

Andrea Mencarelli

Francesco Barberis

Francesco Barberis. ¡Hola, Julián! Gracias por tu tiempo. «Cada uno tiene la responsabilidad del carisma con el que se ha encontrado» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 122). Llegamos ayer por la noche apremiados por la necesidad que nos constituye y hoy hemos vivido un día intenso: esta mañana con don Andrea, César y Alfonso (sobre las series de televisión, los artículos de prensa y la relación, a veces dramática, con nuestro corazón) y después de comer hemos visto el video de la exposición del Meeting *Vivir sin miedo en la edad de la incerteza*, que documenta –entre otras cosas– tu amistad con Rowan Williams y Charles Taylor.

Al igual que tú, Julián, nosotros tampoco queremos cejar ni un segundo en la relación con nuestra humanidad, hecha de alegrías y de heridas, para poder percibir contigo todo el alcance del cristianismo en nuestra vida. Esta mañana me conmovía en los laudes, cuando hemos repetido esta frase: «Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra» («Responsorio», laudes del sábado, en *Libro de las horas*, Asociación Cultural Huellas, Madrid 2010, p. 210), y me preguntaba: pero ¿testigos de qué? Pues bien, queremos permanecer en relación, en diálogo contigo, Julián; por eso te doy las gracias, te damos las gracias.

Empecemos.

Este año me han pasado varias cosas que para mí han sido una ocasión para ir a lo esencial de lo que hemos encontrado. Un día vino a verme una chica y, a raíz de ahí, empezó un diálogo conmigo, un poco como Nicodemo, sin decírselo a sus compañeros. Me dijo: «Todos piensan de igual modo, y yo necesito alguien que introduzca algo distinto». Otra alumna, en la última clase sobre san Agustín, intervino diciendo: «¿Cómo se puede uno imaginar un Dios que crea el mundo y ya está, y después termina ahí? Es imposible». Con sorpresa me he dado cuenta de que durante años he sufrido por el hecho de que muchos chicos, en algunas ocasiones, se daban cuenta de una originalidad, de una diferencia durante ciertas clases, pero después esto no llegaba a convertirse en una historia, no desencadenaba una «conversión» y a nadie se le pasa por la mente venir a Bachilleres. Ahora entiendo que esta no es la cuestión, sino esos momentos en los que se abre un resquicio por el que se puede introducir un punto de luz. Además, la cuestión está en sus manos y en las de Dios, y el diálogo con el Señor les corresponderá a ellos. Cuando decimos que hay que liberarse de la forma, yo pensaba que se trataba de liberarse de ciertas formas dentro del grupo de Bachilleres; puede ser que en ciertos aspectos tenga que liberarme de ellas, como por ejemplo del pensamiento de que «si no viene a Bachilleres no está bien»; pero esta no es la cuestión, porque el asunto no está en mis manos. Esto se ha convertido para mí en un motivo de conversión, y ha sido posible por el recorrido que hemos hecho estos años, desde La belleza desarmada en adelante. Me doy cuenta de la que la cuestión más importante es que existan lugares de libertad en los que se pueda educar en la libertad. Este año, en un momento en que la escuela pública estaba cerrada y no podíamos encontrarnos con los chavales después de comer, que existiese un lugar como Portofranco (centro de apoyo al estudio dirigido a estudiantes de secundaria) a donde poder invitar a los chicos ha sido algo precioso. En todo esto creo que se da, en cierto modo, una superación del dualismo, porque no es que tú digas: «La cuestión es que se encuentran con Dios», y luego te olvides de juzgar la coyuntura en la que te encuentras, incluso desde el punto de vista operativo. Estas cosas me están tocando mucho personalmente.

Julián Carrón. Esto habla del recorrido que has hecho, de cómo poco a poco, a través de lo que tienes delante en la realidad, en este caso tus alumnos, estás llamado a decidir. Los has abrazado tal

como son, les has dado espacio para que pudiesen hacer un camino. Has dicho: «Lo que me interesa es sobre todo que haya lugares de libertad» en los que tus alumnos puedan plantear sus preguntas y exponerse, antes incluso de querer «educarlos» en algo. Esto solo podrá suceder si aceptan implicarse en una relación. Es sintomático que las chicas de las que has hablado te hayan buscado porque, en el fondo, no encuentran la paz. Aunque tienen la posibilidad de hablar, de expresarse, eso no les basta para hacer las paces con sus preguntas, con algo que es irreductible. Esto es lo que hay que reconocer en ellos. Es lo que se manifiesta con más claridad en la exposición sobre las series de televisión que hemos visto en el Meeting, pero también en la literatura y en el arte en el tiempo de la secularización: hay en las personas una irreductibilidad que solo aguarda a alguien que sea capaz de percibirla, a alguien que sepa abrazar las preguntas que la constituyen. No se trata de llevar a la gente a algo que hemos proyectado nosotros, sino de vivir con ellas una interlocución leal, de persona a persona, que cada uno pueda hacer su propio camino. Creo que esto, como tú dices, nos llama a todos a una conversión, a abrazar la humanidad del que tenemos delante, de las samaritanas y Zaqueos de nuestro tiempo. El desarrollo del encuentro dependerá de la libertad de tus alumnas, es un problema de su relación consigo mismas y con el Misterio. A nosotros solo nos toca ser nosotros mismos delante de ellos, verificando si somos capaces de dialogar con su irreductibilidad. ¡Es un gran desafío para nosotros!

Se hablaba del declinar o del incrementarse del carisma, y yo en este periodo me decía: «No sé si doy fruto, lo que sé con toda seguridad es que en estos dos años seguir el carisma me ha hecho cada vez más libre para escuchar mi humanidad, y por tanto más sensible ante las heridas y dramas que hay detrás de ciertos ojos y ciertas situaciones». Ha habido más ansia y por tanto más espera de ver cómo Cristo se hacía presente. Y esto empezó gracias a tu carta de hace dos años sobre la pandemia –Vivir intensamente la realidad– y al trabajo de este verano sobre no confundirse con respecto al verdadero enemigo, que es el nihilismo. Sin embargo, hay una cuestión en la que me siento frágil y que estos días algunos amigos siguen planteando: «Ante los dramas con los que nos encontramos, la cuestión no es el análisis o lo que hay que hacer, sino estar ahí, consciente de que has sido aferrada y de que Él ya está en ti. No tienes que hacer más que estar ahí y existir». Tú decías ahora: vivir delante de ellos, en diálogo con ellos. Me interesa profundizar en este punto porque creo que mi yo, aunque ha sido aferrado, es siempre demasiado poco. Cuento un pequeño detalle relacionado con esto. Este verano un grupo de chavales nuestros me invitó a pasar un día con ellos en la montaña; insistieron mucho y yo traté de zafarme. Luego, en un momento dado, dada su insistencia, dije: «Voy a cenar», y entonces empezaron a llamarme: «Entonces vienes a cenar, ¿eh? ¡Te esperamos!». Ellos estaban en la parte alta de un valle, yo en la ciudad, y tardaba hora y media en llegar donde estaban ellos. Empezó a granizar y mis compañeras de casa me decían: «No vayas, ¡estás loca!». Pero yo respondí: «No, los chicos me están esperando, ahora subo». De camino seguía preguntándome: «Pero ¿por qué estos chicos me quieren a mí?». Al principio me decía: «Porque los llevo en coche», pero luego se las apañaron solos. Me doy cuenta de que un montón de veces, frente a la apertura de ciertos estudiantes, de ciertos compañeros de Bachilleras, no me considero ese punto a través del cual Jesús llega hasta ellos, yo los invitaría a seguir a otra persona. Pero al final voy porque es demasiado grande el afán por ese chico o chica, pero yo me quitaría de en medio...

¡Yo también!

Entonces, ¿qué quiere decir crecer en la conciencia de que «eres Tú quien vive en mí», realmente libres de nuestra incapacidad?

El primer dato que hemos de reconocer es que el *cómo* no lo decides tú. En lo que has contado, han sido tus chicos los que te han hecho consciente de algo de lo que no eras consciente, de lo que tú portas; por eso son tan valiosos para ti (es la razón por la que siempre he dicho que «el otro es un bien para mí»). En este caso han percibido una diferencia en ti, otras veces te habrán criticado, pero siempre te ayudan a hacerte más consciente de ti misma, te introducen en un camino y por tanto se convierten en amigos, en compañeros hacia el destino. Tú no has podido dejar de hacer las cuentas con su petición, con su insistencia, ¡antes incluso de la decisión que has tomado! Ellos no se han quedado esperando a que tú resolvieses tus angustias, sino que te han llamado una y otra vez, y ya está. Igual que hace un niño con su madre, que no sabe qué hora es, lo cansada que está, lo preocupada que está, pero está todo el rato encima de ella por la necesidad que tiene y entonces la llama, insiste; y la madre tiene que decidir si acoger su grito, si hacerle caso, escucharlo, o pasar de él. Estamos llamados a una paternidad y una maternidad. En determinados momentos, todos podemos tener la tentación de dejar a un lado una relación, y esto es normal, forma parte de un camino de conversión que no se realiza nunca desde fuera, como resultado de un proyecto nuestro. Por eso siempre me asombra la frase que escuché decir una vez a Giussani: «Nuestra responsabilidad consiste en la conversión de nuestro yo al acontecimiento presente», es decir, al acontecimiento que sucede delante de nuestros ojos. Tu conversión no se renueva y profundiza en virtud de tus proyectos ascéticos, abstractos, sino a través de la modalidad con la que Él te llama a responder. Lo que ha sucedido y nos has contado construye tu vida igual que construye la de tus alumnos. En este entramado verdaderamente sorprendente, ellos se convierten en compañeros de camino hacia tu destino igual que tú hacia el suyo. ¡Nada más alejado del formalismo! Es como si muchas veces se abriese un diálogo vertiginoso y al mismo tiempo precioso, porque vemos que, en la situación que habéis visto descrita por la exposición y por las conversaciones de esta mañana, en este momento humanamente dramático, hay chavales en los que brota con claridad el carácter irreductible de lo humano. ¡Esta es ya la primera derrota del nihilismo! Y es asombroso para nosotros, ¡por lo menos para mí lo es!

Gracias.

No soy profesor, soy médico, pero estoy implicado con los Bachilleres. Al final del curso pasado estuvimos tratando de decidir si hacíamos vacaciones juntos o no. Yo no quería hacerlas, estaba muy cansado, era un momento realmente duro en el trabajo y además me decía a mí mismo: «Estamos en un periodo en que los chavales están muy esquivos», y me parecía que forzábamos las cosas un poco. Hasta que me llamó un padre y me dijo que su hijo, después de un año entero de clases a distancia, había dejado de salir de casa y que incluso cuando pasaban sus amigos a buscarlo no quería ir con ellos; la casa se había convertido en su refugio. Este hecho me impresionó mucho y me apenó; incluso me sorprendió que me apenara tanto. Tuve la percepción de que aquel chaval, en cierto sentido, me pertenecía y que yo le pertenecía a él. Eso me descolocó, me hizo dar marcha atrás y me llevó a proponer hacer las vacaciones. Incluso aquellos chavales que antes me parecían esquivos se sumaron enseguida. Comprendí sobre todo lo superficial que había sido mi juicio sobre ellos. Creía que eran los chavales los que estaban distantes de sí mismos cuando era yo el que no había comprendido exactamente lo que llevaban en el corazón. Lo que me resultó muy claro es que no iba a las vacaciones porque tuviera que explicarles la realidad, cómo vivir, etc., sino porque yo necesitaba encontrarme con ellos, conocerlos mejor y entender mejor lo que estaban viviendo. Hasta la forma de las vacaciones se vio «afectada» por lo que me había pasado, porque no

*pude concebirlas más que a partir de ese chaval que no quería salir de casa. Todas las vacaciones tuvieron como tema los cinco sentidos, es decir, el descubrimiento de la realidad. Les decía bromeando: «¡Chavales, este es el descubrimiento de los cinco sentidos!». Fueron unas vacaciones preciosas, pudimos descubrir la realidad en toda su belleza y positividad antes incluso que en su incapacidad para responder al corazón humano. A veces nos entretenemos en este segundo paso –la realidad no responde al corazón del hombre–, pero yo tenía la percepción de que lo que hacía falta en ese momento era, sobre todo, descubrir la realidad en su belleza y positividad. En ese momento pensé que algo así no habría podido pensarlo ni de lejos sin el capítulo décimo de *El sentido religioso*, que me ha proporcionado una mirada completamente nueva sobre la realidad.*

Añado otra cosa. Como entre nosotros nos habíamos recomendado una justa prudencia en relación a las condiciones sanitarias, a la hora de mandar a los padres el impreso de autorización para los menores se me ocurrió de repente borrar lo de «vacaciones organizadas por los Bachilleres» y escribí «vacaciones organizadas por mí, con nombre y apellido». Asumía la responsabilidad de las vacaciones en su totalidad, porque me parecía que esto respetaba más todos los factores en juego. Ni por un momento lo percibí como una especie de personalismo o como una posible división entre el grupo de Bachilleres y yo. Me acordé de las palabras de la Escuela de comunidad, donde se dice que el encuentro totalizador no es un ámbito de relaciones, sino la forma de las relaciones, y me parecía que esto tenía que ver con mi caso, porque el verdadero lugar del templo es el yo, no puede existir templo más que en el yo. Este es el verdadero desafío. Ese año ha sido una grandísima oportunidad para que cada uno de nosotros pudiese crecer en responsabilidad. Todos mis amigos han afrontado de algún modo el desafío, pero paradójicamente lo han sabido afrontar mejor los que más heridos estaban por lo que estaba sucediendo en los chicos, en sus hijos. En mi opinión, este año ha planteado desafíos enormes, mucho más allá de un cambio de instrumentos (de la presencia física a las redes sociales), en los que se ha puesto en juego la identidad, el sentimiento de uno mismo. Son desafíos enormes, y es comprensible que alguien se haya sentido perdido ante ellos. Y los que se han sentido más heridos, incapaces e inadecuados son los que han dado un paso. Al acoger esa incapacidad se han descubierto no solo siendo mejores profesores, sino también un poco más padres y madres, con una inflexión distinta a la hora de estar con los chavales. En definitiva, hace falta realmente una grieta para que pueda pasar una luz nueva, como se decía esta mañana.

Este año, por todas las restricciones sanitarias, no hemos podido hacer gestos todos juntos. Lo hemos hecho todo por grupos, uno grupo aquí, otro allá. Todos los adultos hemos percibido con dolor la ausencia del amigo, la ausencia del otro. He descubierto la belleza, lo deseable que es el «nosotros» no por un vínculo externo, sino desde dentro de la experiencia del yo. En medio de la contingencia histórica que estamos viviendo me parece un aspecto importante la posibilidad de descubrir la belleza del «nosotros» no por un vínculo externo o por razones estatutarias, sino como una ganancia para el yo, valiéndonos únicamente de la belleza desarmada, del atractivo. Me alegro de poder vivir este desafío.

*¡Es un desafío estupendo! Te parece que los chavales son esquivos, pero en cuanto aparece uno que te impacta y te apena porque no quiere salir de casa, percibes un vínculo con ese chaval y eso te vuelve a poner en movimiento y te hace reconocer que el juicio que habías dado era superficial. Como consecuencia de ello, empiezas a ver lo necesitado que estás tú también de ellos. Comienza un recorrido que te lleva a descubrir cada vez más, junto a ellos, qué es la realidad hasta llegar a su origen, como dice el capítulo décimo de *El sentido religioso*. En cuanto al encuentro totalizador no como ámbito de relaciones, sino como forma verdadera de las relaciones, por un lado tu «yo» se*

pone en juego delante de ellos, pero por otro, al mismo tiempo –como has visto después–, no puedes dejar de experimentar (también por el hecho de no poder hacer gestos juntos) que no te basta hacer este recorrido «tuyo» con ellos, sino que deseas introducirlos en la experiencia de un «nosotros». Muchas veces, debido a un formalismo, oponemos el «yo» al «nosotros». Si uno se toma en serio la presencia del otro, es inevitable que sienta nostalgia de él cuando no está, como tú has sentido necesidad de tus chicos. Este año no habéis podido hacer gestos juntos, y esto te ha llevado a tener nostalgia de ellos, una nostalgia que te ha abierto de una forma nueva a la relación con ellos. Porque tu «yo» lleva dentro el «nosotros» como forma verdadera de relación. Es precioso descubrir que este entramado, este diálogo con los chicos nos sirve en primer lugar a nosotros; los descubrimos cada vez más como compañeros de camino, como un bien que nos «impulsa» a una relación con ellos dramática y al mismo tiempo totalmente respetuosa de sus tiempos, igual que de los nuestros.

Quiero contar dos breves episodios que me pasaron a final de curso. El último día de clase entré en quinto y me encontré a los chavales en silencio; en vez de estar de fiesta, estaban sentados en círculo en absoluto silencio mientras compartían su experiencia escolar con una compañera mía. Experimenté maravilla y admiración, pero al mismo tiempo también un poco de malestar porque –lo admito– me dio un poco de envidia. He deseado muchas veces que un momento así me pudiese pasar a mí, y sin embargo lo conseguía otra persona con la que no tengo mucha relación. Este hecho suscitó dos preguntas. La primera es que no es verdad que seamos mejores por ser de CL; de hecho, mis compañeros van metodológica y humanamente por delante de mí, yo soy la que acaba con el mito. Entonces me pregunté: ¿en qué consiste mi diferencia? ¿De qué naturaleza es? Desde luego no tiene que ver con la eficacia. La segunda pregunta que me surgió es una pregunta de sentido, apremiante, melancólica: ¿qué les queda de mí a estos chavales? Si lo pienso un poco, esta pregunta me ha acompañado siempre. Pienso en la chica que era yo con 17 años, cuando no soportaba el verano (porque me sentía muy sola, dado que mis compañeras de clase desaparecían), pienso en cuando me enamoré de un chico que me rechazó. ¿Cómo podía hacer las cuentas con todo esto? Mi exigencia de bien no encontraba satisfacción porque mi deseo de amor y de amistad se veía mortificado; yo me volvía violenta y dentro de mí prevalecía un sentimiento corrosivo. Esa exigencia de bien y de sentido es la misma ahora, es idéntica, pero yo soy distinta porque después de treinta años de camino me doy cuenta de que puedo estar delante de mis preguntas de forma diferente. He comprendido que si espero una respuesta, si me quedo mirando de verdad, siempre hay algo que llega. En resumen, ahora sé a Quién dirijo la pregunta, aquí radica la diferencia.

A final de curso les había propuesto a mis alumnos pasar juntos un domingo, pero de todos ellos solo uno respondió. Al mismo tiempo, había extendido la invitación a otro amigo profesor que estaba organizando para ese día una excursión por la montaña. Dado que mi programa había quedado en nada, invité a mi alumno a unirnos a esa excursión. Se formó de este modo un grupo muy heterogéneo, compuesto por alumnos, profesores, antiguos alumnos, amigos varios, padres de alumnos. Al terminar la marcha nos paramos al borde de un camino para comer a la sombra. Una universitaria había preparado la lectura de algunas poesías de guerra de Ungaretti. Cuando estaba a punto de empezar a leerlas y comentarlas, llegó un grupo de excursionistas que tenían que pasar por ese camino, y decidieron quedarse a escuchar con nosotros y a cantar los cantos alpinos que se habían preparado. Los excursionistas quedaron maravillados por tanta belleza y nos preguntaron: «Pero, ¿quiénes sois? ¿A qué os dedicáis?». Eran profesores y no se imaginaban que se pudiese dar clase en la montaña recitando poesías y cantando cantos alpinos. Una de ellas exclamó: «¡Esta es la

escuela italiana que yo quiero!». Fue un domingo verdaderamente especial por tres motivos. Uno, porque si me hubiese quedado en lo que había programado yo, y que no había salido, no habría sucedido nada. Dos, porque me fie y secundé lo que había propuesto otro amigo. Tres, porque a veces ni siquiera me doy cuenta del tipo de educación que he recibido en estos años, mientras que otros lo notan hasta el punto de conmoverse. No se trata de una eficacia o actitud organizativa, sino de mi conciencia de ser hija de una historia que me genera y de la que saco energía continuamente. Aquí radica todo.

¿Lo ves? Esto es al final lo que queda del recorrido que hacemos. A veces uno se pregunta: «¿Dónde está la diferencia?». Si hacemos un camino, la diferencia no puede dejar de surgir poco a poco, cada vez con más claridad. Pero esto no se produce necesariamente con la forma y modalidad que tenemos nosotros en la cabeza. A veces puede suceder en el silencio de la clase o durante un paseo. No decidimos nosotros cuándo se hace evidente y se reconoce la diferencia. Pero cuando sucede, ¡no nos quedemos en la medida reducida con la que siempre tenemos la tentación de mirarnos a nosotros mismos, sino secundemos el camino de la autoconciencia, que es el que necesitamos para vivir! Cuando Él quiera descubriremos cómo se declina esto en la realidad, cuándo florece o qué hará el Misterio con nuestro «sí». Por ello, no nos detengamos en el éxito o la ausencia de él en lo que hacemos, sino sigamos viviendo nuestro «sí» para que no se pierda la vida. Será Él quien nos muestre cómo va a usar el Misterio nuestro «sí», a veces en el momento más inesperado, como has visto, hasta llegar a constituir un espectáculo para esos excursionistas que dicen: «¡Esta es la escuela que yo quiero!».

La sencillez de un gesto como una excursión por la montaña deja salir a la luz la madurez de esa autoconciencia de la que tantas veces dudamos. En cualquier caso, independientemente de cuándo se manifieste ante los ojos de todos, la cuestión es la plenitud que representa para nosotros vivir la vida de este modo. Lo demás está en manos de Otro.

Quería contar dos hechos que creo que indican para mí un incremento del carisma. La experiencia de Bachilleres volvió a empezar para mí en pleno confinamiento. Mi marido y yo decidimos acoger en casa a un chico del CLU (Comunión y Liberación Universitarios) que necesitaba alojamiento y que vino a vivir con nosotros durante los meses de confinamiento. La intensidad de la relación que vivimos con él, el hecho de aceptar ponernos en juego sinceramente en la relación con él nos ha cambiado a nosotros y a él. Su agradecimiento y el nuestro fue el origen de una novedad. Queriendo corresponder a la acogida recibida, se acordó conmovido de los chavales de tercero de ESO –de los que le había hablado– que acababan de terminar un examen; se trataba de quince chavales a los que él no conocía. Me pidió sus números y los llamó uno a uno para invitarlos a nuestra casa. Vivimos un verano lleno de encuentros, de cantos, de juegos, de cenas. Siguiendo la estela de lo que había sucedido, al principio del curso pasado llegaron a los Bachilleres una treintena de chicos. ¡Sin ninguna estrategia, como se decía esta mañana! Todo nació de la experiencia vivida en el confinamiento, de la intensidad de una relación, del agradecimiento por la misma. Yo empecé a mirar a los chicos de un modo distinto. Fue una gran novedad para mí. Y ahora voy al segundo hecho. En septiembre del año pasado nos habíamos juntado los adultos para decidir cuándo hacer la Escuela de comunidad de Bachilleres durante el curso, y habíamos decidido hacerla a la una. Solo había un solo chico que iba a un instituto que estaba muy lejos y volvía a casa a las cuatro de la tarde, y por tanto no podía venir. Al recordar cómo había encontrado yo el movimiento a esa edad, y que el Señor vino a aferrarme en una situación muy concreta, dije: «Aunque solo sea por ese chico, quiero hacer un grupo de Escuela de comunidad, si él quiere, por la tarde, de modo que

pueda venir». Empezamos él y yo; poco a poco invitó a sus amigos y ahora vienen una veintena de chavales, cada vez más unidos entre sí. Esto me ha hecho crecer. Sin embargo, tengo una pregunta. En cierto modo has respondido ya, pero todavía necesito ayuda. Hace unos días nos vimos con algunos adultos y estábamos enfrascados pensando qué hacer este año, cuántos grupos, con quién, cómo, dónde; cuando esta mañana don Andrea ha dicho que estemos atentos a no establecer enseguida una forma, me preguntaba: ¿cómo hacer para no tapar enseguida un impulso nuevo con formas, como queriendo llevar yo las riendas de lo que sucede?

No te preocupes. Son preguntas que puedes plantearte, porque es normal establecer un mínimo de organización. La cuestión no es tanto eso, sino darte cuenta de que, cuando has visto que un chaval no entraba dentro de la organización de la Escuela de comunidad pensada por vosotros (como ves, siempre hay algo que escapa a nuestros esquemas), tú has secundado la provocación que su presencia representaba para ti, y eso ha generado un grupo mayor del que ya teníais; de un chico han pasado a veinte, respondiendo a la invitación del amigo. La clave es esta flexibilidad, esta conversión nuestra a lo que sucede. Tú habrías podido decir: «Está bien, esta es la organización que hemos pensado, quien pueda venir que venga, ¿qué otra cosa podemos hacer?». Sin embargo, te has movido frente a ese chico por la gratitud ante lo que te había pasado. Las cosas son siempre más sencillas de lo que imaginamos, porque no es cuestión de organización o de iniciativas, sino de diálogo con la realidad, que nos rompe los esquemas constantemente. Solo hay que estar disponibles a este diálogo, como lo has estado tú. ¿Quién te habría dicho, cuando empezaste a hablar con ese chico, que esta sería la modalidad con la que el Misterio llegaría a otros? Esta flexibilidad, este estar atentos a los signos del Misterio –como has hecho tú, y es asombroso, acogiendo primero al chico del CLU, aceptando ponerte en juego en la relación con él, y después tomando la iniciativa con ese estudiante– hace que todo contribuya a nuestro crecimiento. Este crecimiento está ligado a tu disponibilidad ante alguien que no entraba en el esquema –un esquema incluso necesario: hacer la Escuela de comunidad a la una– con el que, con toda vuestra buena voluntad, habíais tratado de responder a la necesidad de la mayoría de los chicos. Todo eso te ha permitido ver que el Misterio puede usar un camino distinto para alcanzar a una persona, y has tenido la sencillez de aceptar la modalidad con la que el Misterio te llamaba a través de ese chico. Nunca conseguiremos llegar a una organización tan perfecta que nos ahorre el ser buenos, es decir, el estar atentos y disponibles al signo que supone lo que sucede. Habrías podido decir: «Como la organización es esta, pedimos paciencia a los que no pueden venir a la Escuela de comunidad». En cambio, te has dado cuenta de que incluso por un solo chico que no entraba dentro del esquema merecía la pena ponerse en juego personalmente. ¡Y después te has asombrado de que esa fuese la modalidad a través de la cual el Misterio preparaba una sorpresa para ti!

En estos dos años de pandemia he sido profesora del mismo grupo de estudiantes, desde los diez a los doce años. Uno de ellos tiene un autismo leve, pero es muy complicado. Los compañeros no notan en él esta dificultad, y creen simplemente que prefiere estar solo. Es difícil favorecer las relaciones cuando no se ve la dificultad. Su madre es estupenda y anima a su hijo en todo. En este periodo hemos hablado mucho para ayudarlo a lanzarse con pequeños desafíos: «Compra una chocolatina en el bar de la escuela», «aprende los nombres de tus compañeros», «haz una pregunta», «toma apuntes». En el primer confinamiento parecía que había retrocedido mucho, hasta el punto de decirle a su madre que prefería que las clases fuesen siempre a distancia, y que en septiembre no quería volver al colegio. En cualquier caso volvió, y los desafíos fueron muchos. En el

segundo confinamiento (de enero a abril de este año), notamos que estaba más mayor, aunque seguía tenido las mismas dificultades. Al terminar el curso su madre estaba un poco preocupada porque parecía que no había alcanzado muchos objetivos, aunque las notas no eran malas. En un momento dado le pregunté: «¿Cómo ha ido el confinamiento en casa?». Y ella respondió: «Mi hijo no veía la hora de que empezasen otra vez las clases presenciales en abril». Yo le dije: «¡Es fantástico! ¡Este es el paso más importante que ha dado en estos dos años!». La madre me miró llena de asombro, como si no se hubiese dado cuenta. Entonces proseguí: «Esto nos muestra que está en relación con la realidad y que, a su modo, se da cuenta de que hay un lugar que lo desafía cada día a relacionarse con otros –profesores y alumnos–, que lo saca del aislamiento, que lo saca de sus juegos y al que él quiere volver». La madre me miró, se conmovió, se puso a llorar y me dijo: «Es verdad, es verdad», porque no se había dado cuenta. Este hecho suscitó en mí muchas preguntas, pero sobre todo una: ¿qué es lo que me permitió ver lo que he descrito? Como profesora tengo en la cabeza muchos objetivos, pero ese chico ha alcanzado un objetivo que ni se me había pasado por la cabeza: desear estar presente en la escuela. ¿Y cómo es posible que yo lo viera y que su madre, que está siempre con él y está tan atenta, no lo viera? Me doy cuenta de que esta capacidad de ver nace de la experiencia del carisma. Una de las cosas que más me ha ayudado este año ha sido la Escuela de comunidad contigo cada mes. Me ha educado el modo con que acoges cada intervención, con que sacas a la luz el punto más verdadero del camino de cada persona. Sobre todo has educado mi atención, haciendo posible que, por ejemplo, me diese cuenta del paso de gigante que había dado mi alumno autista, que habría podido pasar inadvertido. Veo que el descubrimiento más importante de este año ha sido –a través de hechos como el que he contado– que la generación de mi persona, de mi «yo», no se produce cuando me analizo o cuando estoy preocupada por mi actuación, sino cuando aprovecho los instrumentos que se me dan, que un Tú me da en una compañía bien concreta, y me dejo generar siguiéndolos. Gracias.

¡Gracias, estupendo! Porque lo que marca la diferencia es esta generación de tu persona que nos has testimoniado, que nos viene de la gracia del carisma, que se produce al seguir la modalidad con la que don Giussani nos ayuda a mirar las cosas con toda su fascinación y significado. Todos tenían delante a este niño autista, desde la madre a los demás profesores, pero solo en ti, para tu sorpresa, había esa mirada que te ha permitido empezar a lanzarle pequeños desafíos (aprender los nombres de los compañeros, ir a comprar una chocolatina al bar de la escuela), en vez de apuntar bajo pensando: «No puede, es autista, ¡pobrecillo!». Todo esto ha generado poco a poco en el niño una confianza que le ha permitido hacer cosas que no creía poder hacer. La mirada que ha pasado a través de ti ha sido tan generadora que le han entrado ganas de volver a la escuela, y eso no le había pasado en el primer confinamiento. Por eso entiendo que aquí uno se puede hacer la pregunta: «¿De dónde me viene esta mirada? ¿Dónde la aprendo?». Se aprende en un lugar que genera porque, como dice don Giussani, «nadie genera si no es generado» (L. Giussani, «La alegría, la leticia y la audacia. Nadie genera si no es generado», *Huellas*, n. 7/1997, p. IV). Es impresionante que podamos estar cada vez más delante de la realidad en virtud de un lugar y de la conciencia del Tú que se hace presente en él, como aparece en muchas de las intervenciones. Parece nada, aparentemente no es llamativo, pero ¿quién se dio cuenta en el colegio de que había una persona que miraba al niño autista de forma diferente? ¡Ni siquiera la madre era capaz de mirarlo así! En esa mirada diferente se está jugando su destino igual que se está jugando el nuestro. ¿Cómo no experimentar toda la gratitud de pertenecer a un lugar que nos genera así a nosotros en primer lugar? ¿Cómo no dar gracias cada día a don Giussani por esto?

Me gustaría volver sobre la cuestión de la grieta. En efecto, no es una exageración lo que hemos visto en las series de televisión. Desde hace algún tiempo tenía dentro de mí una herida grande, me di cuenta de ello leyendo «por casualidad» una lección tuya. Caí en la cuenta de la herida y fue doloroso, me hizo llorar y me tuve que preguntar: «¿Qué es lo que te pasa? Tienes sesenta años, treinta años de vocación, ¿qué te está pasando ahora?». Y me dije: «Bien, mira esta herida», una herida que depende de mi historia, de lo que ha sucedido en mi vida. Empecé a hacer de todo para olvidarla, me distraje, intenté varias respuestas, pero esa herida permanecía. Un día, durante el silencio, percibí que en ese dolor había un punto de gratitud. Ya no había marcha atrás. Es el único punto de mi persona que no es banal, que no está hastiado, que no es superficial, que no es presuntuoso, el único punto en el que poder conocer realmente que «soy» necesidad, el único punto que escapa a todos mis cálculos, a todos mis «hazlo tú misma», el único punto desde el que puede empezar nuevamente la petición de Su presencia, es decir, de la salvación. Es el único punto que, en el fondo, me mantiene despierta –he aquí el motivo de la gratitud– porque no me deja morir en la nada de una vida que a veces no es dramática, que va siempre bien, en la que yo cierro el círculo. Inmediatamente después me dije: «Ahí dentro está la primera victoria de Cristo», porque sin Cristo, sin el modo con el que Cristo me alcanza ahora, tu rostro y el de esta compañía, yo no sería capaz ni siquiera de mirar esta herida. No sé si me he expresado bien, disculpadme.

¡Desde luego que sí!

He comprendido por fin la importancia de esta grieta, por eso no quisiera eliminarla, también porque constituye mi verdadero «yo». He tocado mi verdadero «yo». No me afecta solo a mí porque esté hecha de un cierto modo, porque esté mal hecha, porque sea demasiado dramática o no sé qué cosas; creo que esta es la clave de lo humano, un dato que nos concierne a todos. Y ahora yo miro desde este punto todo lo que me está pasando, a mis alumnos, a mis compañeros, el curso que empieza, a las personas de mi casa. Me apremia tenerlo presente para poder reconocer la respuesta cuando sucede. Por eso en última instancia estoy agradecida. Dentro del dolor, con el tiempo va venciendo un gran agradecimiento. Esta es mi experiencia de la grieta.

¿Por qué estás tan agradecida? ¿Qué has descubierto con todo esto? Creo que es decisivo darse cuenta de ello, porque podemos vivir durante años la vida del movimiento o la vocación sin conseguir percibir y abrazar la herida. Porque es algo que no podemos hacer solos, ¿no?

No.

Punto. Esto es crucial, porque entonces, justamente porque tú no puedes abrazarla sola, necesitas el silencio. Pero, ¿qué es el silencio?

Es un diálogo.

No es quedarte sola contigo misma. El silencio es dejar entrar la mirada de Otro sobre ti, precisamente porque sola no eres capaz de mirar la herida. Releíste por casualidad una lección y ello te permitió mirarte a ti misma. Nuestra humanidad es el mayor recurso que tenemos para este diálogo cada vez más intenso, cada vez más profundo, cada vez más arrollador con Cristo, y esto es lo que al final nos hace estar agradecidos. Lo decía –como habéis visto– en el video de la exposición: creo que la lealtad con mi humanidad me ha salvado la vida. Don Giussani nos lo ha dicho siempre, pero podemos escuchar sus palabras de modo formal: «Cristo se presenta [...] como respuesta a lo que soy “yo”, y solo tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo [esta mirada llena de ternura hacia uno mismo] puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer,

admirar, agradecer y vivir a Cristo» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 9). Esto es lo que te puede ayudar a descubrir quién es realmente Cristo.

Esto no se puede comparar con nada. Solo quien recorra este camino será capaz de abrazar las heridas del otro en este mundo en que vivimos; en lugar de considerar las heridas del otro, los desastres o las cosas que no salen como un obstáculo, los mirará como ocasión para encontrar a Cristo. «No he venido por los sanos, sino por los enfermos» (cf. *Mc* 2,17). Nos parece bien como cita, ¡pero en el fondo no nos lo creemos! No creemos realmente que solo en los pobres –en el sentido más bello del término–, en los que no tienen nada, en los que no se soportan, en los que viven esta dramaticidad, se abre la grieta a través de la cual entra la gracia de Cristo, igual que ha entrado en nosotros. Si somos los primeros en recorrer este camino seremos capaces de no escandalizarnos de nada –¡de nada!– y podremos interceptar las heridas del otro, igual que la amiga de antes la interceptó en el chico autista o tú en otras personas, cualquiera que sea la modalidad con que se presenten ante ti. La cuestión –como vemos en las series de televisión o como veis constantemente en clase– es si los chicos se topan con una mirada capaz de abrazarlos, signo de la mirada de Cristo que se inclina sobre sus heridas. Él se inclina a través de aquellos a los que ha llamado; Cristo nos ha hecho participar primero a nosotros de este abrazo para que podamos a su vez abrazar a otros. De otro modo, ¡no podremos entrar en relación con nadie debido a nuestro esquematismo!

O entraremos en relación de modo superficial.

Insisto. Solo quien ha realizado este camino personal podrá interceptar cualquier herida y podrá ver la grieta a través de la cual puede entrar la luz. Si el otro acepta nuestro abrazo, no sabemos cuánto tiempo hará falta, cuántas sonrisas se necesitarán para hacer brotar en él la primera sonrisa de respuesta, porque eso no está en nuestras manos. Pero solo el hecho de sentir sobre nosotros esta mirada nos hace estar verdaderamente agradecidos a ti, Cristo, por el hecho de que existes. Esto es el carisma. A menudo vemos a nuestro alrededor que, ante las heridas de la gente, lo que se hace es tratar de incrementar las reglas para poner freno, de algún modo, a aquellos que no encajan, pero sin tocar el fondo del «yo». Cuanto más pasa esto, más cuenta nos damos de que lo que necesitamos nosotros es lo mismo que necesitan también los demás: como has dicho, no nuevas reglas o muros para contener el desbordamiento de nuestra humanidad herida, sino una mirada capaz de abrazarlo todo en nosotros. Solo el judío Jesús de Nazaret nos ha mirado así, «solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio», dijo don Giussani en la plaza de San Pedro en 1998. En efecto, no estamos mal hechos, ¡Dios nos ha hecho estupendamente! El problema es que muchas veces pensamos que, en el fondo, ser «necesidad» es un límite...

Sí.

...y que nuestra desproporción estructural es algo que hay que eliminar. Recordemos que nuestra aspiración es a ser autónomos, a no tener necesidad, a no estar necesitados, porque creemos que si estamos necesitados es porque estamos mal hechos, porque hay algo que no funciona. En cambio Dios nos ha hecho así de necesitados justamente para poder llenarlo todo con su presencia. Por eso uno puede estar agradecido de que todo sirva para continuar ese diálogo dramático con el Misterio. Solo así podremos conocer a Cristo, pues de otro modo «incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 9), nos decía don Giussani. Lo hemos visto en la exposición del Meeting *Vivir sin miedo en la edad de la incerteza*. No será un Cristo reducido a mero nombre lo que detenga la expansión de la nada, igual que no ha impedido el vaciamiento de las iglesias, transformadas en piscinas, bibliotecas o restaurantes, ni lo que podrá interceptar la necesidad de la gente. Como decía Charles Taylor al principio del video de la

exposición: «¿Cómo he evitado terminar como la mayor parte de los habitantes de Quebec que, después de un periodo determinado, se enfadaron mucho con la Iglesia? Repentinamente, en los años 60, se produjo una rebelión y muchas personas se alejaron. ¿Por qué yo no seguí esa corriente?». ¿Y por qué tampoco nosotros hemos terminado así, alejándonos de la Iglesia? Desde luego no por un discurso religioso genérico, sino por algo real, concreto, histórico y preciso: el carisma, a través del cual Cristo se ha vuelto presente en nuestra vida, nos ha fascinado, nos ha aferrado. Si el carisma no es esto, no le interesará a nadie, empezando por nosotros mismos.

Tengo una pregunta que me ha surgido a partir de un hecho que me ha pasado este verano. Un adulto me invitó a conocer a los responsables de los Bachilleres de otra comunidad. «Esto podría ayudarte a revitalizar al grupo de Bachilleres de tu ciudad», me dijo. ¡La idea no era mala! El problema era que con él no hay una amistad profunda. Su provocación abrió en mí un abismo porque me sentí juzgado sobre mi incapacidad para estar con los chavales. Hoy he pedido ayuda a una responsable que está aquí presente y la misma provocación, por mi relación de amistad con ella, se ha convertido en una ocasión de crecimiento, de ser acogido. Parece que las provocaciones que te hace un amigo son una ocasión de crecimiento, mientras que las mismas provocaciones hechas por un extraño se convierten en un problema que resolver, para evitar que crezca la sensación de incapacidad. Mi pregunta es: ¿cómo estar más disponible a las provocaciones incluso cuando no proceden de un amigo y empiezan poco a poco a tomar el cariz de una autocrítica y quizá incluso de una cerrazón en uno mismo?

Creo que la disponibilidad nace de la necesidad. Si tú tienes gripe, no tienes la percepción de que necesitas que alguien te cure; pero si tienes un tumor, resulta urgente encontrar a alguien que responda a tu necesidad. Y, justamente por la profundidad de tu necesidad, no te detienes ante el carácter del médico que te trata. Si el cirujano es además simpático, mucho mejor. Nuestra dificultad es que muchas veces no somos realmente conscientes de la necesidad que tenemos. En vez de sentirme juzgado por otro, podría decirme a mí mismo: «Veamos qué hay en lo que me dice, veamos qué me ofrece». No está escrito que ese adulto haya acertado con la sugerencia que te ha ofrecido, y tú tendrás que verificar si lo que te ha dicho facilita tu camino, te pone en movimiento. Pero la cuestión fundamental es si partimos de la conciencia de que encontrarnos con el otro puede ser siempre un bien. Esto lo reconocemos más fácilmente si advertimos la naturaleza de nuestra necesidad.

Ser consciente de mi necesidad es lo único que me permite captar la necesidad que surge cada vez con más claridad en nuestra sociedad, con formas a veces sorprendentes y dramáticas. Y es la conciencia de mi verdadera necesidad lo que me permite interceptar qué persona puede ofrecerme una respuesta adecuada. Me ha llenado de asombro un hecho que han contado en la Asamblea Internacional de Responsables. Una profesora universitaria que se había quedado embarazada poco antes de la pandemia tuvo una conversación con un doctorando suyo cuya mujer, embarazada como ella, acababa de perder al niño. Le preguntaba el doctorando: «Si usted hubiera sabido que iba a pasar todo esto, ¿volvería a hacerlo? ¿Volvería a traer un hijo al mundo?». En otro momento la profesora le preguntó por qué le había hecho esa pregunta justamente a ella. Él respondió: «Porque no hay mucha gente a la que se le pueda preguntar algo así» («¿Por qué me lo preguntas a mí?», *Huellas*, n. 8/2021, p. 48). La necesidad que tenemos es el detector que nos permite interceptar a las personas a las que poder plantear las preguntas que nos apremian por dentro. Por eso, cuanta más

necesidad tengamos, más podremos beneficiarnos de la experiencia de otro. Por eso he dicho que nuestra disponibilidad es más sencilla, más fácil, cuando tenemos necesidad.

Siempre me acuerdo del ejemplo de Naamán. Después de haber hecho todos los intentos posibles para curarse de la lepra, va a ver al profeta Eliseo que le dice: «Ve a bañarte siete veces en el Jordán». Él se marcha indignado, pensando que en su país hay ríos mejores que las aguas del Jordán, que es un río insignificante. Eso es presunción. Pero sus siervos le dicen: «Si el profeta te hubiese ordenado una cosa complicada, ¿acaso no la harías? Cuánto más ahora que te ha dicho: “Báñate y quedarás purificado”». Naamán fue y quedó curado (2Re 5,10-14). Creo que cuando uno es consciente de su propia necesidad está más disponible para acoger una sugerencia: «Mira si lo que te digo puede ayudarte a encontrar una respuesta a tu pregunta».

La experiencia de este año ha producido en mí una sorpresa que quería contarte y contaros, y es que el carisma es algo que sucede, es la renovación de la humanidad en las personas con las que te encuentras, que esbozan un aspecto de la presencia del Señor. Creo que he captado de forma nueva y más profunda el carisma cuando veo suceder nuevamente –en los encuentros, en los hechos, en los gestos que se hacen– los rasgos de una humanidad auténtica que lleva en sí una sobreabundancia; son los rasgos de la presencia de Cristo, los rasgos de Otro. Pongo tres ejemplos. El primero. Durante una cena se me acerca la directora de un colegio a la que no conozco y me dice: «Tengo que darte las gracias porque después de los dos webinar en los que te he seguido (había tenido dos encuentros sobre cuestiones profesionales) he decidido volver a empezar». Acababa de perder a un hijo adolescente. El segundo ejemplo. Otra directora se inscribe en nuestra asociación tras habernos conocido a algunos y me manda un correo electrónico: «Le sonará superfluo o excesivo, pero siento el deber de darle las gracias sinceramente por la acogida. Me cuesta mucho sentirme parte de algo, y sin embargo he encontrado un estilo y unas personas que me estimulan, me completan haciéndome sentir que formo parte de una comunidad». Tercer ejemplo. Voy a ver a un director que pertenece al movimiento y que está viviendo un momento difícil; después de algunas consideraciones negativas, empieza a hablar de cómo gestiona la escuela, de cómo quiere a los chavales, de cómo se encuentra con ellos; en un momento determinado, delante de un cannollo siciliano [postre típico del sur de Italia; ndt], le pregunto: «En tu opinión, ¿de dónde nace esta capacidad tuya de estar así en el colegio?», y se pone a llorar. Entonces le digo: «¿Lo ves? El carisma es algo que nos ha aferrado de tal modo hasta la raíz que –casi a nuestro pesar– prevalece y nos lleva a ser lo que somos». En el aeropuerto me abraza antes de marcharme y me pide que vuelva. He puesto estos ejemplos de mi vida para decir que creo que ver el florecimiento de la humanidad de aquellos que se encuentran con nosotros nos devuelve la posibilidad de descubrir un rasgo inconfundible de Cristo, un rasgo del carisma. Creo que esta identificación con nuestro carisma siguiéndote a ti, siguiendo los gestos en la historia del movimiento, es algo muy pertinente a la profesión, casi diría que el carisma es la experiencia más profesionalizadora que existe, y nosotros solo podemos vivir de esto, porque todo lo demás viene después, como intuiciones, creatividad, grietas que se abren, ideas que surgen, relaciones nuevas. En la Escuela de comunidad hemos leído que cada uno debe preocuparse de comparar sus criterios con la imagen del carisma; con todo lo que he contado, ahora entiendo mejor que la imagen no es algo mío, sino algo que sucede, algo visible con lo que compararse. La Escuela de comunidad dice que esta es nuestra virtud. Hoy me gustaría ser virtuoso y por ello te pido si puedes profundizar en esto.

Don Giussani afirma que «cada cual [...] debe preocuparse de confrontar sus criterios con la imagen del carisma tal como surgió en los orígenes» (*Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 123). Por ello no se trata de abrir una discusión sobre cuál es la imagen del carisma, porque cada uno hablaría de la suya. La cuestión no se resuelve con discusiones, sino que empieza a aclararse cuando suceden cosas como las que estamos viendo, como las que estáis contando. ¿Por qué nos ha cautivado el carisma? Porque nos hemos cruzado con el fenómeno de una humanidad distinta que ha abrazado nuestro ser. Esta es la razón por la que la gente se pegaba a Jesús: «¡Nunca hemos visto nada igual, una intensidad de vida como esta!». Y esto es lo que se documenta constantemente: el florecimiento –como dices tú– de una humanidad tocada, generada en un lugar como este a través de la gracia del carisma. Giussani nos ha hecho adentrarnos en un recorrido para mirar lo humano tal como él nos lo ha hecho percibir, de modo que podamos verificar en el presente la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, y por tanto a la profesión. Hemos visto cuántos intentos consiguen despertar la humanidad de los demás: una persona puede volver a empezar después de la muerte de un hijo, otra que era reacia a formar parte de algo se siente acogida y empieza a ver que pertenecer no es una mortificación de uno mismo, sino un plus; otro se siente abrazado y te pide que vuelvas a verlo mientras te lleva al aeropuerto. Si lo miramos bien, ¿qué tienen en común todos estos ejemplos? No habernos puesto de acuerdo sobre cuál es la imagen del carisma; cada uno verifica la imagen del carisma en la capacidad que este desarrolla en nosotros de dialogar de forma pertinente con cualquier persona con que nos encontremos. Que cada uno verifique en su modo de vivir con quién es capaz de dialogar. Porque uno puede mantenerse apegado a una imagen justa, y está bien; puede pensar también que todas las demás están equivocadas, y está bien; pero tendrá que verificar en lo concreto qué es lo que necesita para vivir y qué le resulta útil para dialogar con los demás. Por eso creo que el momento actual es una ocasión espectacular, como he dicho en la exposición, para entender cuál es la verdadera naturaleza del cristianismo, y también la verdadera naturaleza del carisma. Porque no basta con decir «Dios»; no basta con decir «Jesús»; no basta con decir «la Iglesia», porque todos lo repetían y las iglesias se han vaciado. Por eso me impresiona tanto la pregunta de Taylor: «¿Por qué no he terminado como todos?». ¿Por qué sorprendemos este deseo, este agradecimiento en nosotros? ¿Por qué experimentamos una intensidad de vida que queremos compartir con los demás? ¿Por qué tenemos esta capacidad de acoger? ¿De dónde nace? La única respuesta que encuentro es que se debe a nuestra fidelidad al carisma. Frente al desafío actual, cada uno tendrá que ver dónde vibra lo humano, porque si no vibra, si a través de la experiencia del carisma no florece lo humano, no sé a cuántas personas podrá interesarles todavía. Me parece que se trata de una oportunidad espectacular para todos nosotros. Esta es la única «virtud».

Quería hacer una consideración y plantear una pregunta. La consideración es la conmoción y la gratitud por el camino de gracia que como realidad del Grial (una propuesta de vida cristiana dirigida a los estudiantes de los primeros cursos de secundaria) hemos hecho este año. Habíamos empezado con una gran necesidad, que se había hecho explícita, y eso nos ha hecho juntarnos con una fidelidad inédita. Se nos ha dado el don de una comunión en la que lo que primaba no era nuestro papel, sino nuestra necesidad de ser, nuestra vocación. El año pasado empezamos con el encuentro con el alpinista Cucchi (que hicimos también con los chicos) que tenía como lema: «No quiero vivir inútilmente». Hicimos la Jornada de apertura de curso en pequeños grupos. Cuando fue la Jornada de recogida de alimentos, parecía que no podríamos hacer nada, pero uno de nosotros empezó y todos fuimos detrás de él. Entre los adultos, alguno pidió recorrer el camino de la

«promesa» (el gesto con el que los chavales prometen ayudarse como hermanos y ser fieles a la compañía del Grial, para crecer en la amistad con Jesús y dar testimonio de él en el mundo); para ello hicimos cuatro encuentros en los que participaron muchísimas personas. Después preparamos el Triduo Pascual y tuvimos un encuentro con Rose. El encuentro con el arzobispo de Milán fue impresionante y fue el pistoletazo de salida para las vacaciones que hicimos de forma presencial en pequeños grupos. Además, muchos obispos que nos conocen piden poder vivir los gestos con nosotros. Cuando he caído en la cuenta de toda esta riqueza, me he dicho: «Pero, ¿cómo es posible? ¿De dónde viene esto?». Lo segundo que quería decir es que me he dado cuenta de que seguramente la pandemia y las series de televisión han liberado las preguntas existenciales de los chavales (hablo de los de secundaria), pero también veo un riesgo: que nos regodeemos en esas preguntas. Es típico ver en los preadolescentes grupitos en donde siempre hay alguno que llora con todos los demás alrededor, y el aspecto más grave es que habitualmente no hablan de ello con los adultos, mucho menos con los padres. Cuando un adulto consigue interceptar estas preguntas suyas, me parece que algo cambia porque existe un lugar autorizado que las acoge y al mismo tiempo hay una propuesta que, paradójicamente, no se centra en ellas, sino que abre a un camino, a una compañía. Por ejemplo, ahora hay que estudiar, hay que preparar un examen y nosotros estudiamos juntos todos los días. Quería saber si el riesgo de hacer de estas preguntas una moda solo lo percibo yo, o si es un riesgo real.

Siempre existe el riesgo de que uno se quede lamiéndose las heridas. La cuestión es si estos chicos pueden encontrar en la realidad adultos que los abracen y los impulsen nuevamente, en lugar de encerrarlos en una «burbuja» secundando su regodeo. Nos corresponde a nosotros espolear otra vez a los chavales, cada uno según la iniciativa que perciba como más adecuada: desde hacer pequeños gestos hasta acompañarlos, provocándolos continuamente, en lugar de dejarlos solos con su queja.

Soy profesora de secundaria y bachillerato. Cuando ayer por la noche Francesco nos volvió a plantear la pregunta sobre el incremento o el declinar del carisma del que somos responsables, pensé: «No sé muy bien qué significa esta pregunta», pero mientras trataba de responder me acordé de un episodio de las vacaciones del Grial de este verano. En un momento dado, las chicas de tercero de secundaria, que son muy vivaces, empezaron a vivir los dramas típicos de ellas y de su edad, por lo que cada vez que nos dábamos la vuelta había chicas llorando, tristes porque terminaban las vacaciones y ya no se volverían a ver; no dejaban de acudir a nosotros todo el rato y nos decían: «Profe, ¡hay una cosa importantísima! ¡Tengo que hablar con usted!», contándonos todas estas cosas. La tercera noche, mientras íbamos al salón para escuchar un testimonio, vinieron tres de ellas y me dijeron: «Profe, tenemos que hablar con usted, ¡es urgentísimo!». Las escucho mientras caminamos, me paro y digo: «Miremos lo que está sucediendo ahora, miremos lo que sucederá esta noche. Mañana iremos juntos de excursión», porque no tengo nada que decirles salvo proponerles mirar juntos lo que estamos viviendo. He pensado en ello todo el verano y también ahora, al empezar el curso, después de lo que decía ayer don Andrea de que cada uno de nosotros llega a la realidad con el corazón que tiene, y la realidad saca a la luz ese corazón. Me he dado cuenta de que lo único que me interesa con los chavales es poder mirar juntos la realidad y ver junto a ellos lo que se desvela de su corazón.

En tu opinión, que acudan a ti tal como son, con las preguntas que tienen o con la confusión que llevan dentro, ¿es un problema o es un recurso?

Es un recurso, incluso para mí.

Si no es así, la alternativa es la que indicaba la intervención anterior: regodearse entre ellos. Los chavales pueden regodearse o bien pueden tomar la iniciativa. A veces llegan con el caos que tienen dentro, con sus heridas, y lo fundamental es no tener miedo a que lleguen tal como son; y cuando las chicas se pegan a ti, la cuestión es adónde las llevas. Tú les has dicho: «Mañana vamos de excursión. Miremos lo que va a suceder esta noche». Siempre me ha asombrado la frase de Giussani: «Jesús no concebía la fascinación que suscitaba en los demás como algo que se refería a sí mismo, sino al Padre: se dirigía a él mismo para que él nos pudiera conducir al Padre» (*El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 123). Por eso no debe crearte problemas el hecho de que se peguen a ti, pensando que se trata necesariamente de un personalismo; es inevitable este apego cuando uno tiene necesidad, como el niño que va a su madre cuando tiene necesidad. El problema no es tanto esto, pues de otro modo tendríamos que mandarlos a paseo para que no se peguen tanto a nosotros. El problema es adónde los llevamos cuando vienen con nosotros. ¿Qué necesitas tú para vivir? A esas chicas tú les propones lo que tú necesitas para vivir. Solo quien ha hecho este descubrimiento puede ofrecer a los chavales alguna sugerencia para su camino –no de forma teórica, no como una solución abstracta–, de modo que puedan tener una experiencia de la vida que los saque de su situación, invitándolos a participar de una vida, que es lo más sencillo. «El que me siga recibirá cien veces más aquí» (cf. *Mt 19,29*). Sintéticamente, ¿a qué nos invita Jesús? A participar en un lugar –en su compañía– en el que se puede tener una experiencia de la vida que nadie podría imaginarse ni generar por sí mismo. La invitación parte de la necesidad de los chavales, que te asaltan precisamente por la urgencia que sienten. Si vemos este grito, tenemos la posibilidad de mirarlos como nosotros hemos sido mirados, no para que se peguen a nosotros, sino para llevarlos con nosotros a un lugar que ensancha el horizonte, que les hace tener una experiencia de la vida completamente nueva, más apasionante para ellos. Como decía antes una de vosotros, cuando ven esta posibilidad para ellos, los chavales desean participar en este lugar, hasta el punto de que un estudiante autista, que había involucionado en el primer confinamiento, no ve el momento de volver al colegio. ¿Qué habrá encontrado para desear volver, cualquiera que sea su herida, en lugar de regodearse en su malestar? Un lugar donde desborda la vida.

Barberis. Julián, yo no tengo nada más que añadir, por eso nos despedimos de ti y te agradecemos muchísimo este tiempo que nos has dedicado.

Carrón. Gracias a vosotros. ¡Que sigáis bien!

(© 2021 Fraternità di Comunione e Liberazione)